

firma

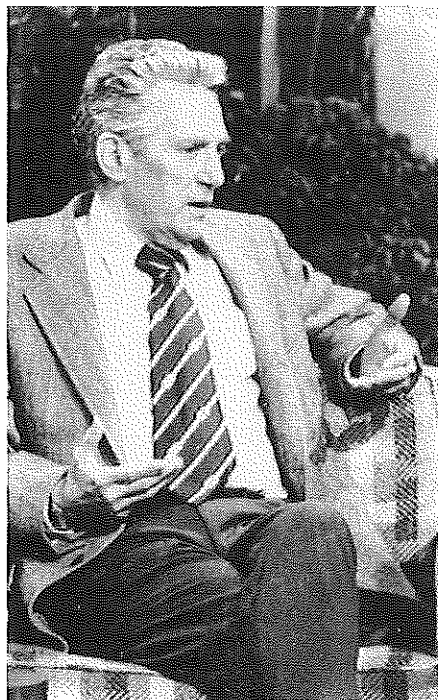
El sacerdote como director espiritual

Por Juan Bta. TORELLO

A la zaga de Karl Jaspers y Víctor E. von Gebattel se ha repetido ininidad de veces la afirmación de que los necesitados de ayuda espiritual han emigrado en nuestro tiempo desde el confesonario al gabinete psicoterapéutico. La realidad, después de la euforia cientifista de casi un siglo, tendría que haber registrado un inflación de psicoterapeutas y una masiva asistencia espiritual laica al hombre del «siglo de la angustia», efectivamente, más que nunca abocado a toda clase de trastornos psíquicos y psicósomáticos. Na da de esto. La influencia numérica de los que se dedican profesionalmente a la psicoterapia —incluyendo psicólogos y psicoanalistas no calificados médicamente— es catastrófica, y los innumerables pacientes peregrinan de un ambulatorio a otro, atiborrados de calmantes, antidepresivos y consejos improvisados por galenos positivistas acorralados, más o menos desaprensivos o sensatos.

Si a esto se añade la desilusión que las rencillas entre psiquiatras y «antipsiquiatras», entre psicoanalistas y conductistas, entre existencialistas y estructuralistas han producido en vastos círculos de la opinión pública, lo costoso de este tipo de tratamientos psicológicos —que los seguros sociales siguen considerando innecesarios o de lujo—, el creciente número de los «analizados» durante largos años y no curados, y la aparición de la nueva «angustia ante el psiquiatra» potencial manipulador y verdugo, al servicio de ideologías y sistemas políticos opresores..., se comprenden las dimensiones de la actual apretura, a la que no faltaba más que la «traición desclerics». Porque éste es realmente el problema del día: nunca quizás como ahora ha urgido tanto la dirección espiritual y nunca quizás como ahora huyen los clérigos de ella. ¿Es la experiencia o la inexperiencia la causa de una fuga tan lamentable y desamorado?

Las objeciones teológicas (?) que se aducen con mayor frecuencia carecen de verdadero interés, de credibilidad y de originalidad, pues han sido tomados en préstamo del protestantismo más enteco (privatización de la palabra de Dios, fomento del individualismo en tema de salvación, desvirtuación de la gracia, esclavización de las conciencias, etc.), precisamente cuando numerosos pastores protestantes, acuciados por la severa crítica de los psicólogos y psicoterapeutas, reconocen sin ambages la superioridad de la praxis pastoral católica y buscan la manera de incorporar nuestros métodos cargados de tradición, especial-



¿Por qué mandar al psiquiatra a una persona que sólo necesita ser escuchada y orientada espiritualmente?

mente por lo que respecta a la dirección de almas.

La simplicidad palomina con que sacerdotes católicos, por lo demás inteligentes y llenos de celo, esgrimen sus pobres argumentos contra la dirección espiritual, delata a menudo la coartada que les seduce: huir de la confrontación con un destino personal, y de la angustia que tal confrontación conlleva.

Acercarse al hombre

La personalidad del que se apresta a ayudar a dolientes y desnortados, se siente muy pronto amenazada. Porque éstos son siempre seres acogotados, que experimentan una soledad escalofriante frente al propio enigma: «¿Quién soy yo, que tengo que sufrir tanto?», «¿quién soy yo, que no logro llevar el peso de mi pasado ni proyectar mi porvenir?», «¿qué es el hombre, en fin, que con toda una historia milenaria a las espaldas debe preguntarse ansiosamente todavía sobre el significado de su vida?»... Y el voluntarioso auxiliador tiene que ponerse en camino siempre de nuevo, chapuzarse en el mar turbado de la existencia, en el que las rutinas se esfuman en un instante, meterse en la selva virgen de la biografía personal de cada uno, en donde ninguna señalización asegura al caminante. Sin duda disponemos hoy en día de una cierta cultura, de estadísticas, investigaciones y encuestas, y hemos aprendido a limar las esquinas y los picos de lo que es único e irreplicable para no enfrentarnos más que con lo catalogado, acostumbrado, familiar... Pero después de cinco minutos de diálogo verdadero eres tú también un doliente —condoliente—, un compañero jadeante de travesía, un buscador audaz y al mismo tiempo inquieto o te has convertido en un chapucero irresponsable.

Ni el otro ni yo somos mónadas acabadas, ensimismadas y cerradas por todos lados, a lo sumo adornadas con ventanas desde las cuales podemos entretenernos conversando por lo menos con gestos y palabras triviales. ¿Qué es el hombre, en su unicidad e irrepetibilidad, que todas las ciencias quieren asomarse al pozo de su ser para desentrañarle el secreto y no logran extraer del mismo más que un aspecto parcialísimo, que —ni siquiera ensamblado con todos los otros obtenidos por cada ciencia particular— no puede ser identificado con el yo que grita sin cesar: «yo soy», «yo sufro», «yo amo»? Incluso las cacareadas y cacareadoras «ciencias humanas» empiezan a volver la espalda a las simplificaciones y reducciones que ellas mismas pusieron en boga y a barruntar la autotranscendencia del ser humano personal. «Ser hombre quiere decir encontrarse más allá de sí mismo... Un ser humano está trastornado en la medida en que no ha realizado y vivenciado su auto-

trascendencia», dirá el fundador de la tercera escuela vienesa de psicoterapia, Víctor E. Frankl (después de Freud y Adler). De ahí su desorientación, su falta de asiento, su desenraizamiento que Pascal describe dramáticamente y que de hecho estremece sin escape posible a todo el que se acerque a un hombre vivo y real:

«¿Qué quimera es el hombre? ¡Qué novedad inaudita, qué monstruo, qué caos, qué objeto de contradicción, que prodigio! Juez de todas las cosas, obtuso gusano de la tierra: garante de la verdad, cloaca de la ignorancia y del error, honra y deshecho del mundo. ¿Qué va a ser de él? ¿Se asemejará a Dios o al nimal? ¡Qué espantosa distancia! ¿Quién no verá que el hombre está desenraizado, derribado de su sitio, buscándose angustiosamente y sin encontrarse de nuevo? ¿Quién puede orientarle?».

Ser personal

Por este camino de escueta antropología no se puede proceder ya más. El sendero se pierde. La imagen del hombre se desvanece. La realidad es más fuerte que el ideal de la mente que bucea: el hombre es precisamente ese algo, que no puede ser comprendido desde sí mismo. No se basta, no se abraza. La necesidad de superarse, de colocarse por encima de sí mismo, se impone como su especificidad, como lo más propio y profundo de su naturaleza, la cual por tanto no llegará nunca a realizarse ni a satisfacerse o cumplirse mediante el desarrollo de una estructura cerrada sobre sí misma, sino tan sólo mediante una asunción por encima de sí y que culmina en la comunidad de amor con Dios. La ciencia humana desemboca en la ciencia divina. De hecho y en el sentido más estricto puede el hombre ser lo que es tan sólo si arriesga ser más de lo que es. **L'home passe infinément l'homme!**

La singularidad y la irrepitibilidad del ser personal humano —que ninguna psicología, ninguna filosofía y ningún amoroso encuentro pueden aclarar— son traídas a la luz y a la vida por la llamada y el amor de Dios: «Con amor eterno te he amado» (Jer 3, 3). Yo soy yo porque Dios me ha ideado, querido, amado, creado y redimido..., a mí personalmente, inconfundible con otro, diferenciado de todos los demás por esa primordial

elección, pues Dios no puede repetirse. Cada hombre es un original auténtico, no puede ser jamás un caso, ni típico ni atípico.

La personalidad no consiste por tanto en un cúmulo de cualidades más o menos valiosas, sino que estriba en la estructura individual, a la que cada cualidad se refiere esencialmente. Un ensamblaje que jamás se vivencia como un aerolito macizo y flotante, sino como radicalmente abierto de par en par al otro y al Otro por excelencia. El hombre creado a imagen y semejanza de Dios vive su identidad en permanente relación con Dios, fiel a Sus exigencias, sometido a Su voluntad, cuya revelación original y ejemplar es Jesucristo (R. Hoffmann). «Ecce homo!»: he aquí al hombre, al hombre perfecto ya que «en El habita toda la plenitud de la Divinidad corporalmente» (Col 2,9), la grandeza más alta y la miseria más baja. El es la imagen del hombre tal como Dios lo quiere y lo ama. Esta imagen la recibe impresa cada cristiano en el bautismo, y ya no habrá para él ningún crecimiento y ningún desarrollo que no sea faceta y jalón del único decisivo proceso de identificación con Jesucristo, hasta alcanzar aquella meta —inérita para cada uno— que obliga a exclamar: «Vivo, pero no yo: es Cristo quien vive en mí» (Gal 4, 20). Y ninguna cura de almas, en cuanto solicitud por este proceso de maduración de la personalidad, podrá ser simplemente cultural, formativa o educativa, sino paternal («Porque aunque tenáis diez mil pedagogos en Cristo, no tenéis muchos padres, que quien os engendró en Cristo por el evangelio fui yo». **1 Cor. 4,15**) e incluso maternal («Hijos míos, por quienes sufro de nuevo dolores de parto hasta ver a Cristo formado en vosotros». **Gal 4, 19**). La dirección espiritual consistirá por tanto y ante todo en suscitar, animar, ampliar y afinar la receptividad de cada persona a la acción del Espíritu Santo.

Sacerdocio

A esta cumbre vertiginosa hay que levantar la personalidad del sacerdote, pues solamente a tanta altura descubre su identidad y con ella la capacidad de llevar a cumplimiento sus posibilidades de desarrollo y de encontrar el tú real del prójimo, en cuanto hallazgo perspicaz de su identidad úl-

tima y abierta a Dios: yo amo ese tú, que Dios mira y ama, no sus cualidades, que no son más que su involucro existencial, ambiguo y confunde. Yo soy sacerdote que se entrega al otro, para que Cristo «le capture, como yo mismo he sido por Cristo capturado» (Fil. 3, 12), no simplemente de modo más intenso, como forma acrecentada del sacerdocio común de todos los bautizados, sino de manera cualitativamente, esencialmente diversa, en virtud de la consagración sacerdotal, como el Conc. Vaticano II subrayó y Mons. Escrivá de Balaguer decía lapidariamente: «¿Cuál es la identidad del sacerdote? La de Cristo. Todos los cristianos podemos y debemos ser no ya **alter Christus**, sino **ipse Christus**: otros Cristos, ¡el mismo Cristo! Pero en el sacerdote esto se da inmediatamente, de forma sacramental» (Homilia: **Sacerdote para la eternidad**, 13-IV-1973). En el mismo sentido escribía su sucesor en la Presidencia General del Opus Dei, don Alvaro del Portillo: «El sacerdocio cristiano es un don de Dios y queda situado irreversiblemente en la línea vertical de la búsqueda del hombre por parte de su Creador y Santificador, en la línea sacramental de la gratuita apertura de la intimidad divina al hombre» (**Escritos sobre el sacerdocio**, 4.ª ed. Madrid, 1976, pág. 101). Toda desacralización del oficio sacerdotal es destrucción del mismo, porque tanto la esencia del sacerdote como su misión específica se fundan y enraizan en la vida del Dios encarnado. El sacerdote es Cristo como ningún otro hombre puede serlo, es «dispensador de los misterios de Dios» (**1 Cor 4,1**) y la finalidad y el significado de todas sus acciones y funciones y poderes se resumen en la edificación de los hermanos en Cristo.

Con lo que se ha dicho queda afirmado que todos los sacerdotes deben ser directores espirituales, pues para ello están autorizados, destinados y capacitados en virtud del carácter que imprime la ordenación sacerdotal. Muchos tienen miedo ante la dirección personal y se refugian en la asistencia eclesial de todo tipo de grupos y asambleas, intentando según los cánones de ciertas ideologías políticas levantar la comunidad a la categoría de super-persona. Pero «no porque el hombre sea un animal bipedo son cincuenta personas un ciempiés» (Chesterton). La unicidad y la irrepitibilidad de la existencia personal no permiten al pastor de almas la fuga en el colectivo: la salvación la recibe y la pierde cada uno como indi-



La Iglesia prescribe a los sacerdotes que la dirección espiritual de mujeres la impartan sólo en el confesionario.

viduo, y todos morimos completamente solos.

Sin especialismos

El director espiritual no debe ser ningún especialista, pues el especialista es «una persona que sabe siempre más de siempre menos cosas, hasta que al final lo sabe todo de nada» (Johann Nestroy). Dejando a parte las burlas que en las veras se entreveran, notemos que el peligro mayor de todo especialista está en la limitación del terreno en que se mueve y cuyas fronteras se salta con facilidad, extendiendo indebidamente la competencia que sólo es tal si se mantiene casera. «Lo malo no es que los investigadores se especialicen, sino en que los especialistas generalicen» (Victor E. Frank).

En efecto, nuestra opulenta cultura moderna bulle de tuerfos reduccionistas y de filósofos de cafetería universitaria. Los especialistas son hoy indudablemente necesarios, como lo son los psiquiatras para la medicina. Pero más necesario le es a esta profesión que el médico corriente (de familia, de pueblo, de seguros) se ejercite en una consideración y en un tratamiento humanos, antropológicos, psicodinámicos de todos sus pacientes, si quiere verdaderamente remediar la gran miseria higiénica actual. En casi todos los congresos de psicoterapeutas se oye monótonamente el lamento de que ellos se ven diariamente constreñidos a atender una cantidad desmesurada de menesterosos porque los sacerdotes no cumplen con su misión. Una situación fatal en verdad, pues los psicólogos y los psicoterapeutas se ocupan de lo patológico,

de donde derivan su sabiduría, y corren el peligro de tratar como neuróticos o psicópatas a personas que sencillamente buscan sentido a su vida, que han reprimido su religiosidad, necesitados de cariño, desilusionados del amor, oprimidos por mentiras vitales o por culpas reales, introduciéndolos y dejándolos errar por el barroco jardín de piedra de las interpretaciones psicoanalíticas más sobadadas.

Peor todavía si el sacerdote esquiva su deber y envía a los que le consultan al psiquiatra sin más remilgos. Sobre la delimitación de los cometidos del médico y del sacerdote se ha escrito ya mucho y a menudo con acertada prudencia, y todo buen pastor de almas debería saber detectar las enfermedades que él no puede ni debe intentar curar y que urge confiar al especialista. Lo que no justifica en absoluto ni la obsesión de ver por todas partes «desequilibrios psíquicos», ni la candidez de creer que todo médico, psicoterapeuta, neurólogo o psicólogo van a sacar a flote al enfermo, y esto, además, con una asepsia moral o con una neutralidad axiológica químicamente puras. ¡Ojo avizor con los psicoterapeutas! porque los más son moralistas (o inmoralistas) disfrazados. Mal disfrazados casi siempre, pues la moralidad (o la inmoralidad) se les escapa por los mil poros del silencio teatral en que no pocos se arrebujan (abandonando al paciente en su jaula de prejuicios fatalistas) o porque las interpretaciones que dan de los malestares aquejados transmiten una imagen del hombre puramente positivista o materialista. Este adoc-trinar indirecto, que reduce todo fenómeno humano a mecánica instintiva o a hidráulica libidinosa, pasa a ser en los últimos decenios consciente, voluntario y directo, si damos crédito a las declaraciones cada vez más frecuentes de psicoanalistas y conductistas de primera fila (1). Antes de re-

(1) «The psychoanalytic practitioner is a moralist first and foremost —he influences people in regard to their moral and ethical conduct» (F. G. Pleune, en *International Journal of Psycho-Analysis*, 46, 358, 1965).

«Psychoanalysis as therapy is a moral enterprise whose central concern is morality». (E. Mansell Pattison, en *Psychoanalytic Review*, 55, 187, 1968).

El mismo Freud llamó a la actividad del psicoterapeuta «das Wirken eines Lehrers, eines Aufklärers, eines Künders einer neueren und besseren Weltauffassung»: la acción de un maestro, de un ilustrador, de un mensajero de una concepción del mundo mejor y más nueva» (citado por el psicoanalista A. Görres en *Praxis der Psychotherapie*, 14, 184, 1969).

Incluso los behavioristas (o conductistas) que tanto se vanan de su pragmatismo frente a las elucubraciones del psicoanálisis, no se liberan de la obsesión «moralizadora». Así, por ejemplo, L. Krasner afirma que «It is the therapist who is making decisions as to what is good and bad behavior» (Cfr. D. Grossmann, *Psychotherapy*, 5, 53, 1968).

comendar un terapeuta hay que enterarse bien de qué persona se trata si no queremos prestar un pésimo servicio al que nos pide socorro. Además se puede afirmar sin temor a equivocarse que el número de «enfermos psíquicos» a los que un buen director de almas —con experiencia y a ser posible con algún conocimiento de psicología— puede ayudar y aún «curar», es muy superior al que se creía hace veinte años, y que el número de los simplemente «aturdidos» a base de psicofármacos y de los «entretenidos» a base de análisis sin fin, pero no curados, también.

Volviendo al especialismo, urge que la dirección espiritual, más o menos regular y sistemática, vuelva a ser actividad normal de todo sacerdote. Dirección espiritual en gabinete de especialista desliza fácilmente en lo esotérico. Los santos más famosos en este terreno —Francisco de Sales, Felipe Neri, Vicente de Paúl, Juan Bosco, el Cura de Ars, Clemente María Hofbauer— nada tuvieron de «gurús», sino que fueron «sacerdotes cien por cien», comprometidos pastoralmente de la mañana a la noche, en contacto continuo con personas de los estratos sociales más diversos, y que, eso sí, pasaron muchas horas todos los días en el confesonario. No por tanto sacerdotes-psicólogos, sacerdotes-sociólogos, sacerdotes-antropólogos, sino «sacerdotes-sacerdotes» (como decía Mons. Escrivá de Balaguer), que supieron llevar a máxima floración la gracia —capacidad— recibida.

Cualidades y medios

Dado sin embargo que la gracia no sustituye a la naturaleza, sino que la supone y perfecciona, se requieren del sacerdote ciertas cualidades humanas para que pueda llevar a cabo y a conciencia su tarea de almas. Erich Schick describe estas exigencias como sigue: «Saber preguntar, sin herir la personalidad del otro; encajar las repulsas, sin caer en la amargura; callar, pero no volverse hermético; tener tiempo, pero no ser charlatán; comprender, pero no esconder la verdad; tener compasión, pero no ser débil; dar la mano, pero no atar a nadie a la propia persona; soltarle cuando conviene, pero no abandonarle nunca; ser inmutables por dentro y, sin embargo, tener abierta el alma en todas direcciones». Esto es, que tiene que ser disponible, paciente, observador,

atento, comprensivo, no aceptar etiquetas definitivas (todos pueden cambiar y mejorar), respetar la personalidad de los demás, amar y fomentar su libertad, no vincularse a ningún método (no siempre la misma medicina a los enfermos de la misma enfermedad), incansablemente entregado, desprendido de sí mismo, optimista, sacrificado, amable sin carantoñas ni truhanerías, etc.

Todo esto puede y debe ser aprendido. Sin hablar aquí de la oración y de la mortificación, que van siempre por delante en toda labor pastoral, citaremos ahora tan solo dos medios para tal aprendizaje:

1. El estudio. Un amigo párroco me decía hace poco tiempo: «como yo no tengo visiones, debo prescindir de televisiones: necesito estudiar». Ninguna pérdida terrible, pues el mito de la elevación cultural a base del tubo generador de embelesos exoftálmicos vespertinos pasó ya a mejor vida. Estudiar, por tanto, después del trabajo diario. Y ¡qué tesoro de experiencias se abre ante nuestros ojos en las obras de los grandes directores de espíritu desde los antiguos Padres de la Iglesia hasta a los espléndidos maestros de la «devoción moderna» y a los autores ascéticos y místicos de nuestro tiempo!

Ciencias humanas también, si con medida, sin ingenuidades clericales, bien aconsejados por expertos y con la condición que Viktor v. Weiszäcker en una serie de conferencias para pastores de almas formuló así: «Saber de todo ésto lo má posible, y aplicarlo lo menos posible», pues el famoso fundador de la medicina psicosomática alemana temía no tan sólo el diletantismo sino también la fuga del clero en quehacer ajeno, que deforma el cometido religioso y a menudo lo destruye.

En relación con lo dicho hay que hacer notar además que la importancia de lo vivido personalmente y de la innata capacidad de comprensión o compenetración se ha exagerado mucho. Se ha afirmado con frecuencia que se puede comprender tan sólo aquello que se ha experimentado en la propia carne si no es que se dispone de una intuición excepcionalmente aguda. Von Weiszäcker se expresaba a este respecto con una contundencia sin paliativos: «Juzgo que esta afirmación es falsa, y que mediante el estudio y el ejercicio (del diálogo) se puede aprender muchísimo y ampliar considerablemente la capacidad de comprenderse con los demás». Así que: menos complejos de inferioridad y

más estudio, acordándonos del dicho de Santa Teresa de Avila a propósito de directores de almas para sus monjas: conviene que sean letrados y piadosos, pero si no se pueden encontrar en la misma persona las dos cualidades reunidas, mejor que tengan letras aunque sean poco piadosos, que no que sean piadosos y no tengan letras.

2. El segundo medio es la dirección espiritual del propio director espiritual. Carl Gustav Jung, en una conferencia pronunciada en la asociación de párrocos de la Alsacia declaró: «En la cura de almas debe el pastor ante todo aceptar a su dirigido, esto es conocerle y acatarle en su totalidad, con sus capacidades y posibilidades, con sus faltas y sus sombras. Esto supone que el pastor se ha conocido y aceptado a sí mismo, con sus lados buenos y malos (2). El director puede comprender a su dirigido tan sólo en la medida en que ha alcanzado claridad sobre sí mismo y unidad interior. Puede tomar contacto con el otro y llegar a una fructífera comunicación solamente si ha logrado aclararse a sí mismo, con los rasgos de su carácter, con sus defectos y flaquezas».

Los psicoanalistas más dogmáticos exigen de todos los que desean practicar profesionalmente el psicoanálisis la llamada «Lehranalyse», esto es, que se sometan ellos mismos a un previo «análisis didáctico». Psicoterapeutas más modernos y liberales se contentan con exigir de los principiantes frecuentes conversaciones con un médico experimentado, numerosos controles del trabajo realizado y participación a las sesiones clínicas, en las que la historia y el tratamiento de los pacientes se discuten y critican en común. Pues todo psicoterapeuta sabe por experiencia que sin éstas u otras medidas análogas se corre el riesgo de no ser consciente de la propia actitud ante el enfermo, de las propias motivaciones y reacciones, y por lo mismo de proyectar los problemas personales no resueltos sobre el paciente, de abusar incluso de él poniendo el curso del tratamiento al servicio del propio prestigio, de no captar lo que uno ignora o no entiende, de sobreestimar lo que en el otro quizás no tiene alguna importancia pero en la historia personal del terapeuta adquirió singular relieve, de transferir la propia inseguridad o desconfianza, de fomentar el

(2) Esta «aceptación de sí mismo» no se opone al dinamismo ascético, al esfuerzo por superarse y mejorarse, sino a la pasividad de la depresión y a la inutilidad de la rebeldía, típicamente egocéntricas.



Los humanos no somos seres ensimismados, cerrados; cada uno somos un original auténtico, no un caso (ni típico, ni atípico).

casi inevitable apogamiento del paciente al médico, de tratarle con excesiva blandura o con excesiva dureza movido más por la propia sensibilidad que por las necesidades de la cura, de caer en la trampa de la curiosidad o, contrariamente, del desinterés, de convertirse en compadre de interminables tertulias o en hechicero omnipotente e inaccesible.

Mutatis mutandis se dan todos estos peligros en toda dirección espiritual, si el director no se sujeta, a su vez, a una dirección espiritual. Por lo menos debería uno haberla vivido con toda su profundidad y seriedad en el seminario. Un sacerdote cuya personalidad no ha sido purificada en este crisol dirigirá a otros, de ordinario, de modo precario y vacilante. Pero no basta ni esto. Un director de almas celoso, realista y consciente debería tener siempre su director espiritual, con el cual regularmente se confiesa y al cual abre su corazón, que le aconseja en su vida de oración y en toda su vida interior, que le anima en su lucha por la virtud y la santidad, y que

vigila, fortalece y consuela en su actividad pastoral, conduciéndola por caminos cada vez más sobrenaturales. Ningún sacerdote responsable debiera dejar de hacer uso de un medio tan probado y tan útil en todos los sentidos. También constituyen una ayuda eficaz, a todas las edades y en todas las situaciones, los círculos o asociaciones sacerdotales, en los que se cuidan y estimulan la piedad, el amor fraterno, los cambios de impresiones y el perfeccionamiento teológico y cultural.

Tres momentos

Con el estudio, la dirección espiritual personal y el ejercicio se va aprendiendo poco a poco el arte de la charla espiritual, principalmente sus tres momentos fundamentales:

1. El **escuchar** prolongado, paciente y atento, considerado por to-

dos los maestros (también de la psicoterapia) como la «prestación» más importante y sanante del director. No es fácil, ya que los sacerdotes tienden a hablar desmesuradamente, a juzgar precipitadamente, a figurarse haber ya vivido o conocido lo que se les cuenta... y con ello corren el peligro de no percibir ni lo singular de cada historia personal ni la voz del Espíritu Santo —que es el verdadero director del alma cristiana— y de suministrar recetas prefabricadas, que sabrán a pedertería de maestrillo (con su librito) y no poseen ninguna eficacia curativa.

2. **Hablar.** Aquí hay que ahuyentar el miedo a querer «manipular» al que pide ayuda. El verbo «manipular» se ha vuelto últimamente escabroso y vehicula una difundida idea coacta de represión violenta. Un conocido escritor vienés escribe en su sabrosísimo «Antidiccionario» a propósito de este vocablo de moda: «Cada individuo dice que todos manipulan. Todos dicen, que cada individuo manipula. Qué se entiende por manipular, debería darse por conocido. Menos con-

siderado es sin duda, el hecho, de que incluso el uso del concepto 'manipulación' es ya una manipulación. La palabra 'manipulación' está ahí agachada, pronta al salto y aparece rápidamente en el lugar preciso, en donde alguien no está de acuerdo. Si quieres evitar una contradicción, échale el sambenito de la manipulación». Mons. Escrivá de Balaguer solía decir que a él Cristo no le había pedido permiso alguno para entrar en su vida, puesto que El tiene perfecto derecho a ello. Y si cada cristiano es 'otro Cristo' tiene, por tanto, también él el derecho y el deber de entrar en la vida del prójimo para ayudarlo a encontrar a Cristo personalmente. Con mayor razón todavía si tiene el carisma y el oficio del sacerdote.

También von Weiszäcker prevenía a los pastores de almas contra el temor a exhortar e influenciar, pues la gente va a ellos, decía, precisamente porque desean ser exhortados e influenciados. Muchos sacerdotes titubean, escamotean, caracolean, charlotean, revolotean, hablan por metáforas y anáforas, se remontan a las alturas sublimes de las teorías perfectas e intentan después, cautelosamente, un aterrizaje sin sobresaltos en el plano de la realidad, de puro suave imperceptible, cuando lo que se esperaba de ellos era una clara opción, una palabra de Dios, un consuelo sobrenatural, e incluso una amonestación severa o al menos una gota de compasión fraterna. Hay que animarse a decir las cosas por su nombre, a comprometerse, a confesar la verdad desnuda, la doctrina de la Iglesia sin desleimiento, sin mutilaciones, sin edulcoraciones. Los hermanos tienen derecho a saber la verdad, toda la verdad, la doctrina segura, aunque duela. No tienen ninguna necesidad de opiniones personales, de soluciones inventadas, de acrobacias moral-teológicas y menos todavía de complicidades clericales. Breve y concisamente, porque las charlas kilométricas son raramente buenas y fecundas, y porque la cháchara complaciente sobre temas secundarios desorienta y volatiliza las mejores intenciones.

3. Por este motivo hay un tercer momento fundamental en toda dirección espiritual: **callar**. No solamente en cuanto a secreto profesional (eventualmente de confesión), sino como silencio cuando uno no tiene nada que decir o no sabe qué decir, silencio como participación al dolor ajeno —que no soporta a los **consoladores onerosi** (Job 16,2)—, silencio cuando el interlocutor nada pregunta y quiere

tan sólo desahogarse, silencio cuando el que habla crítica o condena a terceros, cuando se vuelve impertinente, adulator o agresivo, silencio también para conservar la presencia de Dios e implorar las luces del Espíritu Santo. A quien sabe callar a tiempo se le venera e incluso obedece gustosamente cuando rompe a hablar modestamente y serenamente. Un arte que escasea, que pocas personas poseen.

respondencia a la vocación recibida, la entrega renovada sin cesar de un corazón indiviso proporcionan al sacerdote la vivencia de la felicidad, de la que emana la actividad pastoral más fidedigna y perseverante, tanto que la dirección de almas aparece y obra como una auténtica explosión de alegría. Hombres de deberes y leales hasta el sacrificio de sí mismos constituyen un grandioso ejemplo en una



Sin necesidad de especialismos, una de las tareas del sacerdote es precisamente la de dirigir personalmente a las almas.

Finalmente conviene subrayar que la paciencia y la fortaleza de un buen director espiritual llegan a ser constantes e inalterables tan sólo cuando proceden de una profunda felicidad personal. La Santa Misa diaria, la vida de oración, la unidad con el Obispo y con el Magisterio de la Iglesia, la co-

sociedad de fugitivos del dolor y maníacos del placer como la nuestra. Pero hombres felices que sienten la urgencia de compartir su felicidad con todos los demás y que, por este motivo, hablan y se mueven, tienen las mayores probabilidades de convencer, de arrastrar y de salvar.